

LOS GUARDIANES Y EL VALLE SIN MEMORIA

proyecto:
Reducción de riesgos frente a
desastres con participación de
niñas, niños y adolescentes"



Estos cuentos fueron elaborados como parte del proyecto “Reducción de riesgos frente a desastres con participación de niñas, niños y adolescentes” que ejecuta Plan Internacional Ecuador con el apoyo de la Secretaría Nacional de Gestión de Riesgos del Ecuador, en 25 comunidades de la provincia de Manabí.

Esperamos que niñas y niños se diviertan coloreando estos cuentos, con los cuales además aprenderán sobre cambio climático y gestión de riesgos.

Creación: MM&G Comunicación

Diseño, diagramación e ilustración: Sofía Cadena

Ecuador, 2010



Había una vez, un lugar muy lejano que tenía muchos valles verdes y ríos cantores. En ese lugar el sol salía todos los días y brillaba tanto que las flores crecían hermosas y coloridas. Parecía que todo estaba siempre sonriendo. Los hombres y

mujeres trabajaban felices sembrando la tierra y cosechando mangos, guabas, naranjas, sandías, maníes, café, aguacates y muchas cosas ricas. Los niños se la pasaban jugando y todo resplandecía.



En ese lugar vivía Doña Fidelina que siempre subía a los cerros para buscar historias que contar. Ella decía que los árboles hablaban y que había que escucharlos para aprender los secretos de esta tierra.

Cada mañana se sentaba a la mitad del camino sobre su manto azul y colocaba unas hierbas alrededor para que todas las niñas y niños le escucharan con atención.



Un día de marzo contó que en la loma más alta del horizonte había un bosque de ceibos gigantes, y que en una ocasión ella escuchó voces agudas que le susurraban:

– Fide, fiiideeeee, decían las voces.

– ¿Quién me llama?, preguntó

Pero la voz parecía no escucharla y sólo repetía: Fiiideee, fiiideeee...

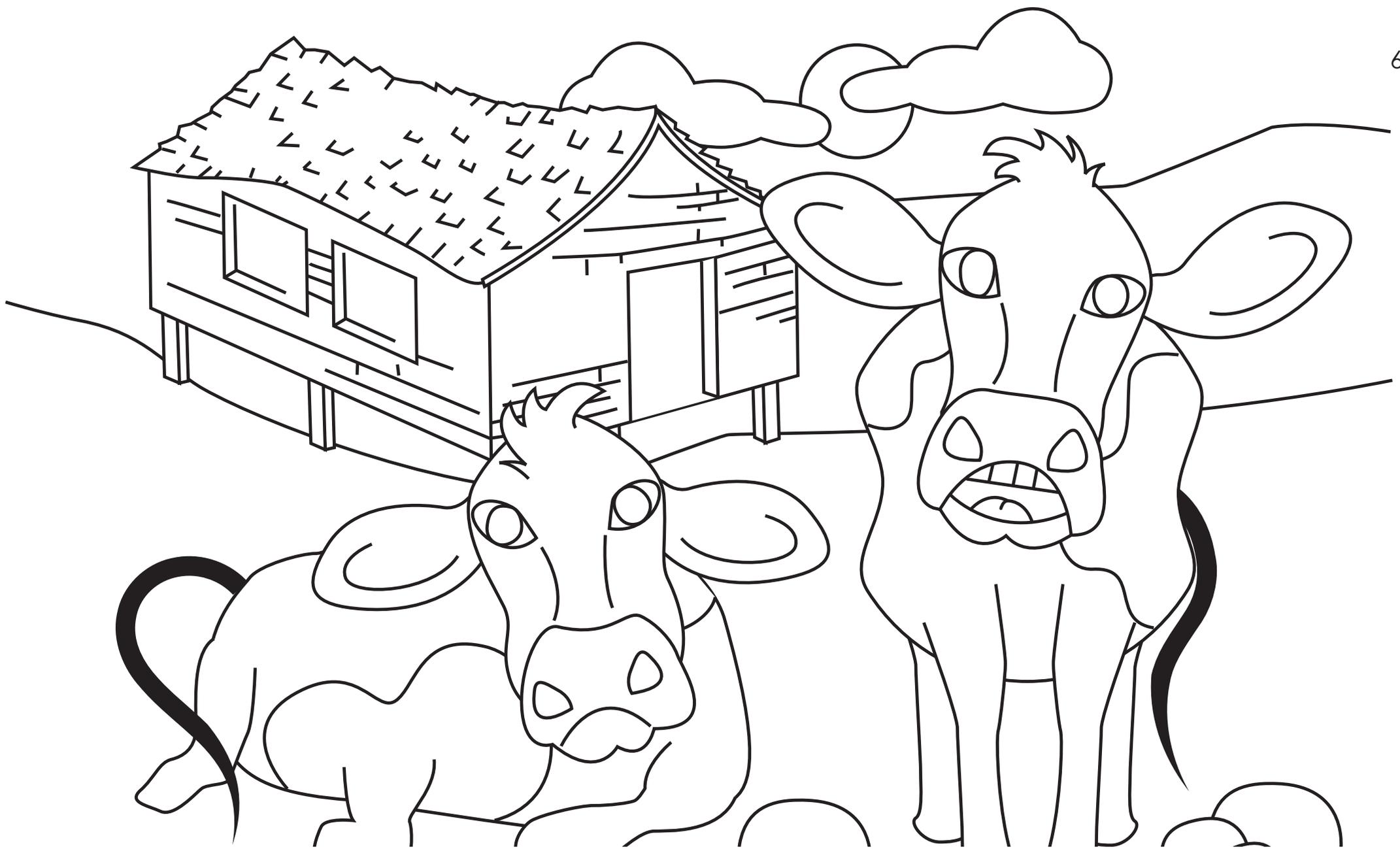


Luego de ver arriba, abajo y de buscar por todos lados, Fidelina se acercó sigilosamente a uno de los árboles y puso la oreja sobre el tronco. Para su sorpresa el árbol la acarició y le habló.



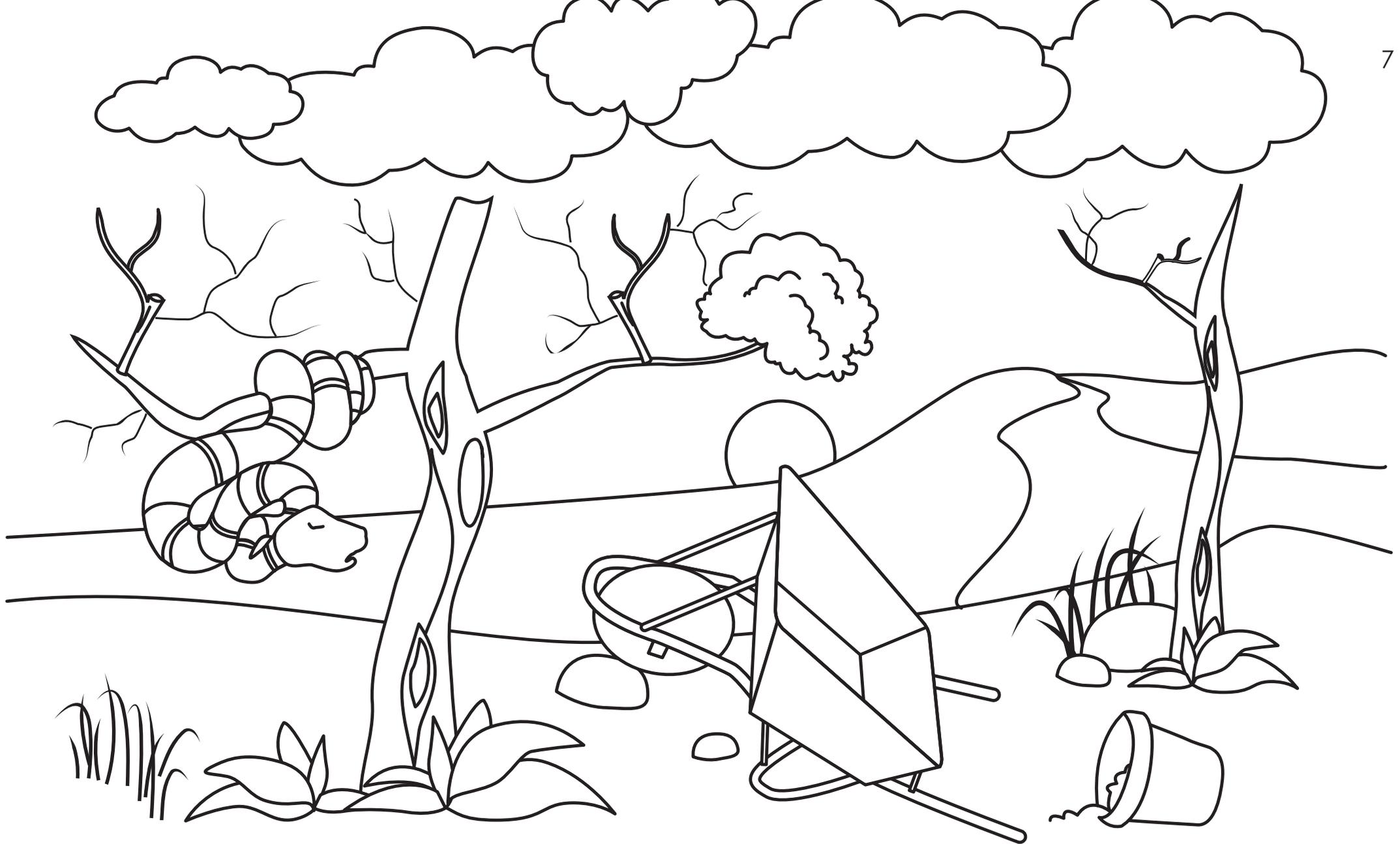
Le dijo que hace varios años había llegado a ese valle una sombra gris, como de humo que envolvía cada rincón y que apenas dejaba respirar. Venía de las ciudades lejanas pero era muy poderosa y botaba polvos negros. Todas las perso-

nas fueron tocadas por aquellos polvos y desde entonces perdieron la memoria. No se acordaban cómo cuidar la tierra, cómo sembrar, cómo cosechar.



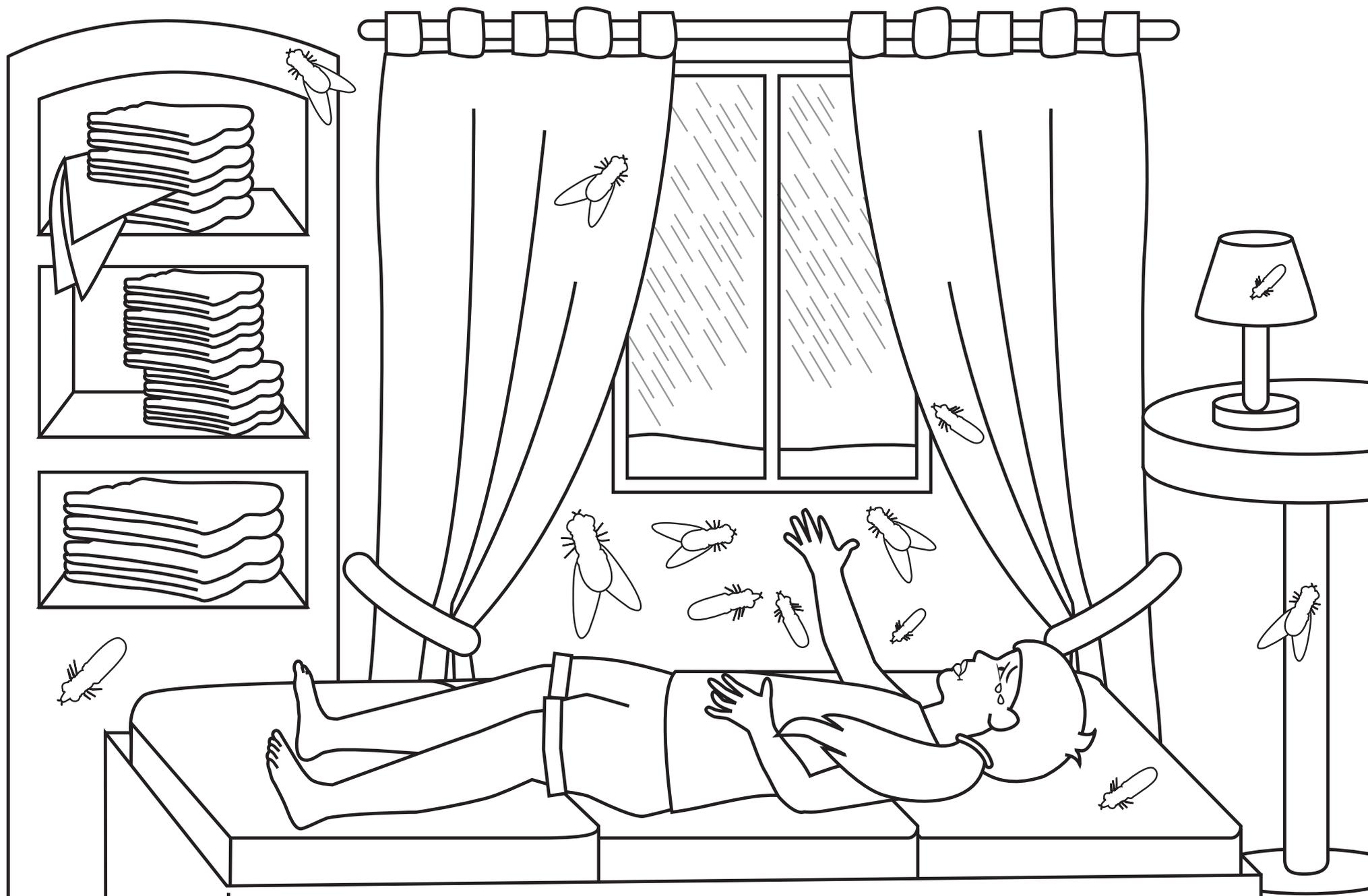
Todos botaban basura, talaban los árboles, quemaban las montañas, contaminaban los ríos...y todo fue destruyéndose poco a poco... ni las aguas de los ríos querían ir por ahí, pues los peces se habían muerto y todo estaba seco.

Los animales tenían hambre, como las vaquitas, que cada vez estaban más flacas pues no había pasto ni agua, y solo les quedaba echarse en la tierra seca y gritar de tristeza.

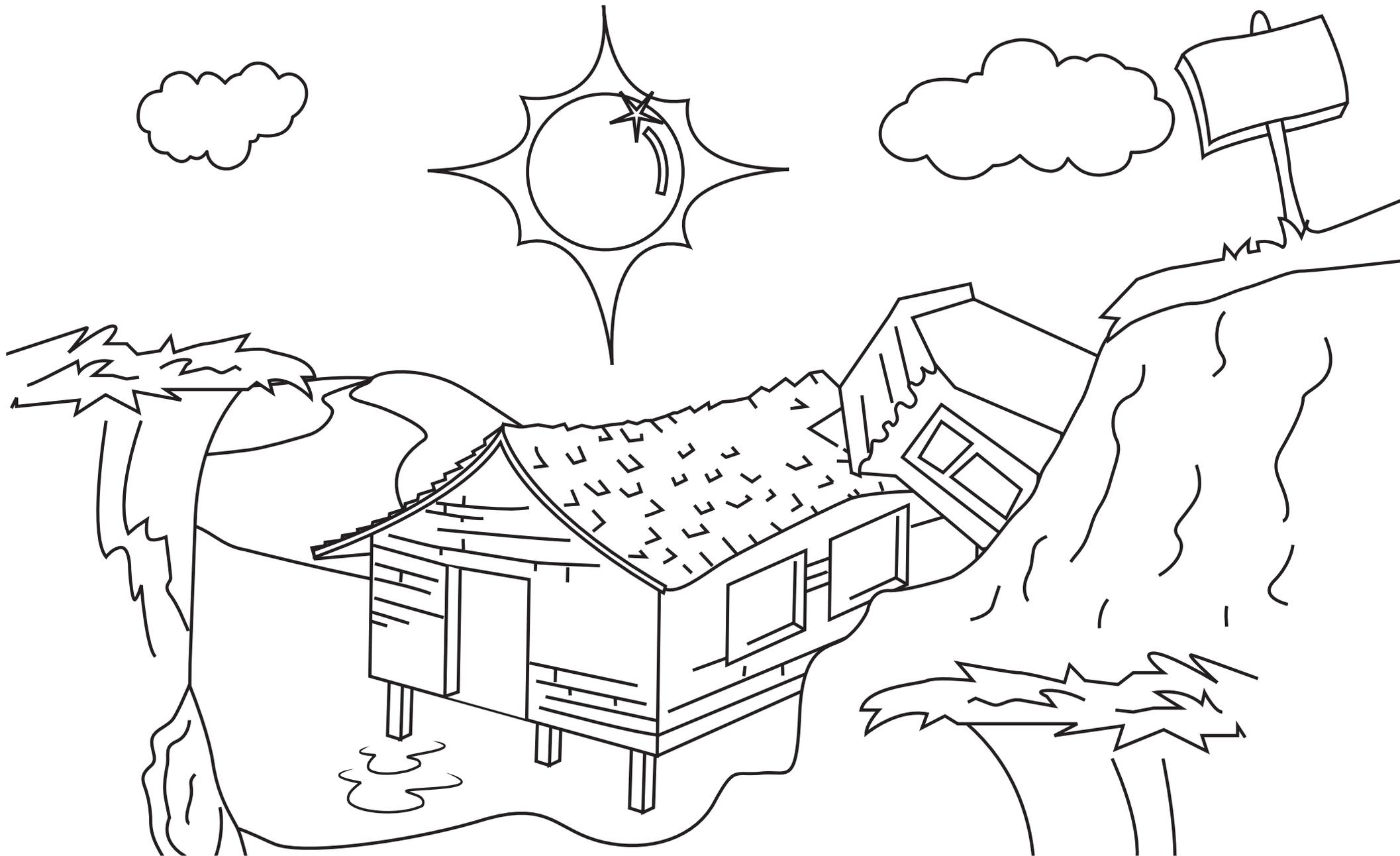


Las montañas se veían peladas, sin flores, ni frutos ni hierbas, ni nada. A los osos de anteojos, pájaros, mariposas y otros animales que siempre vivieron en este valle ya no se los veía

como antes, pues muchos se habían mudado a buscar nuevas guaridas o incluso habían desaparecido por falta de comida y agua.



En algunas temporadas, llovía incesantemente y era tan fuerte la lluvia que ahogaba todo a su paso, las casas se plagaban de bichos que picaban y enfermaban a familias enteras, especialmente a las niñas y a los niños pequeños.



Como casi no había árboles, los cerros se caían y las casas se destruían y los niños lloraban.

Así pasaron los años... y la gente vivía asustada pues hasta el sol quemaba más fuerte, y cada año esperaban

inundaciones, sequías y la vida se hacía difícil y triste. Y la gente se angustiaba...



Pero un día, en que las estrellas se juntaron en el cielo, se escuchó un ruido muy fuerte como de campanitas de cristal que se rompían. Debajo del suelo aparecieron los guardianes, que se despertaban cada 100 años para vigilar que la tierra esté verde y contenta.

Primero se despegaron, estiraron las manos, las piernas, movieron sus cabezas... y todo su cuerpo. Cuando estaban bien despiertos abrazaron a los ceibos que eran sus viejos amigos... Cada guardián tenía una espada muy poderosa y un corazón rojo que latía con fuerza.



Todos empezaron a mirar a su alrededor, era como si pudieran ver más allá de las montañas; se agachaban, olían la tierra; movían sus manos tocando el aire y se hacían gestos entre ellos. Pero en un momento, la risa había terminado y todos estaban tristes con el corazón caído.

- ¿Qué ha sucedido?...todo está triste en esta tierra..., dijo un guardián.
- Es momento de curarla pues ha estado enferma muchos años, gritó una guardiana
- Pónganse con los ojos hacia el sol...



Los guardianes de la tierra alzaron sus espadas y llamaron a los espíritus de los 4 elementos:

- Que el agua fluya limpia y transparente.
- Que el fuego purifique y fortalezca.

- Que el aire traiga la alegría y la memoria.

- Y que la tierra cobije todas las semillas que las personas siembren.



Con sus espadas tocaron el corazón de las personas y en cada una nació una flor que les hizo recordar la belleza de la naturaleza y su misión para cuidarla. Enseguida, las personas se olvidaron de la sombra gris y empezaron a ver

todo de colores. Sintieron un estremecimiento en sus cabezas porque no entendían cómo habían olvidado cuidar sus valles y sus ríos.



Los guardianes junto con los niños acariciaron cada rincón del valle, limpiando el humo gris y la contaminación. El río recuperó su hermosura y los peces volvieron a nadar. Las montañas recuperaron su esplendor y se tiñeron verdes y hermosas.

Los bichos huyeron desesperados pues ya no había lugar para sus plagas, todo estaba limpio... y las vaquitas bailaban de alegría y comían y comían.



Pero los guardianes buscaban la sombra gris y no la encontraban. Ella se escondía y corría hacia un lado y los guardianes corrían hacia el otro lado, buscaban debajo del río pero ella se iba encima del monte...la sombra gris quería quedarse pero los guardianes estaban decididos a proteger la tierra...al fin la cogieron y con sus

espadas lucharon un rato largo, hasta que se cayó en el suelo y ya no pudo volver al firmamento.

- La tierra es nuestra casa, dijo un guardián.
- Tenemos que cuidarla, gritaban los niños.



Sin demora, los guardianes soplaron para llamar a la nube de la buena conciencia para que acompañe siempre a las personas de esta tierra y no se les olvide que deben preservar sus valles, sus ríos y sus montañas.

Al final del día, los guardianes se fueron bajo tierra, los ceibos estaban contentos y las montañas y las vaquitas y el río...y las niñas y los niños.



Doña Fidelina terminó la historia, recogió sus mantos, sus hierbas y se fue esparciendo unos polvos verdes que abonaron la tierra.

Un arco iris salió y este cuento se acabó.

LOS GUARDIANES

Y LA TIERRA

CALIENTE

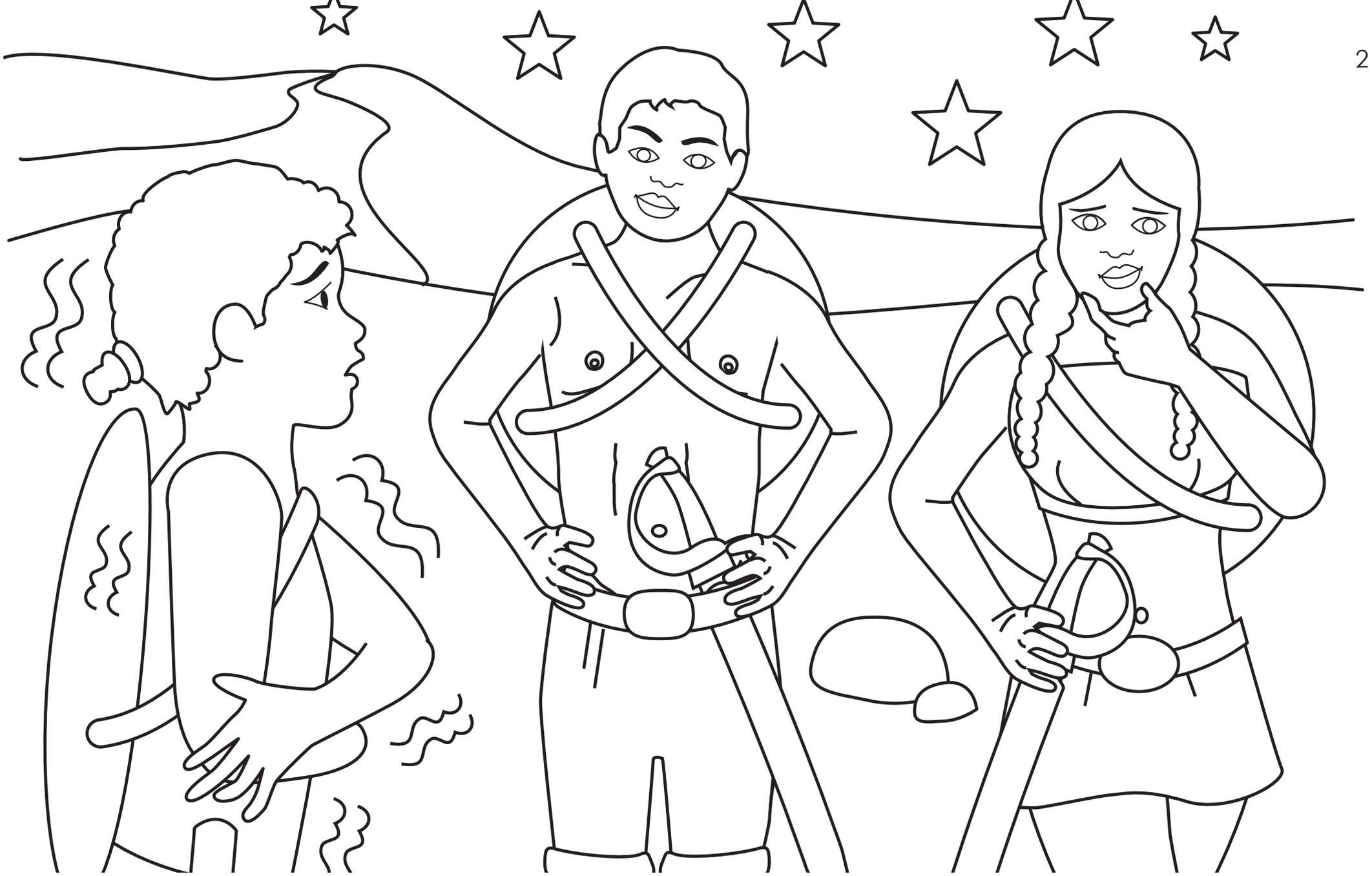




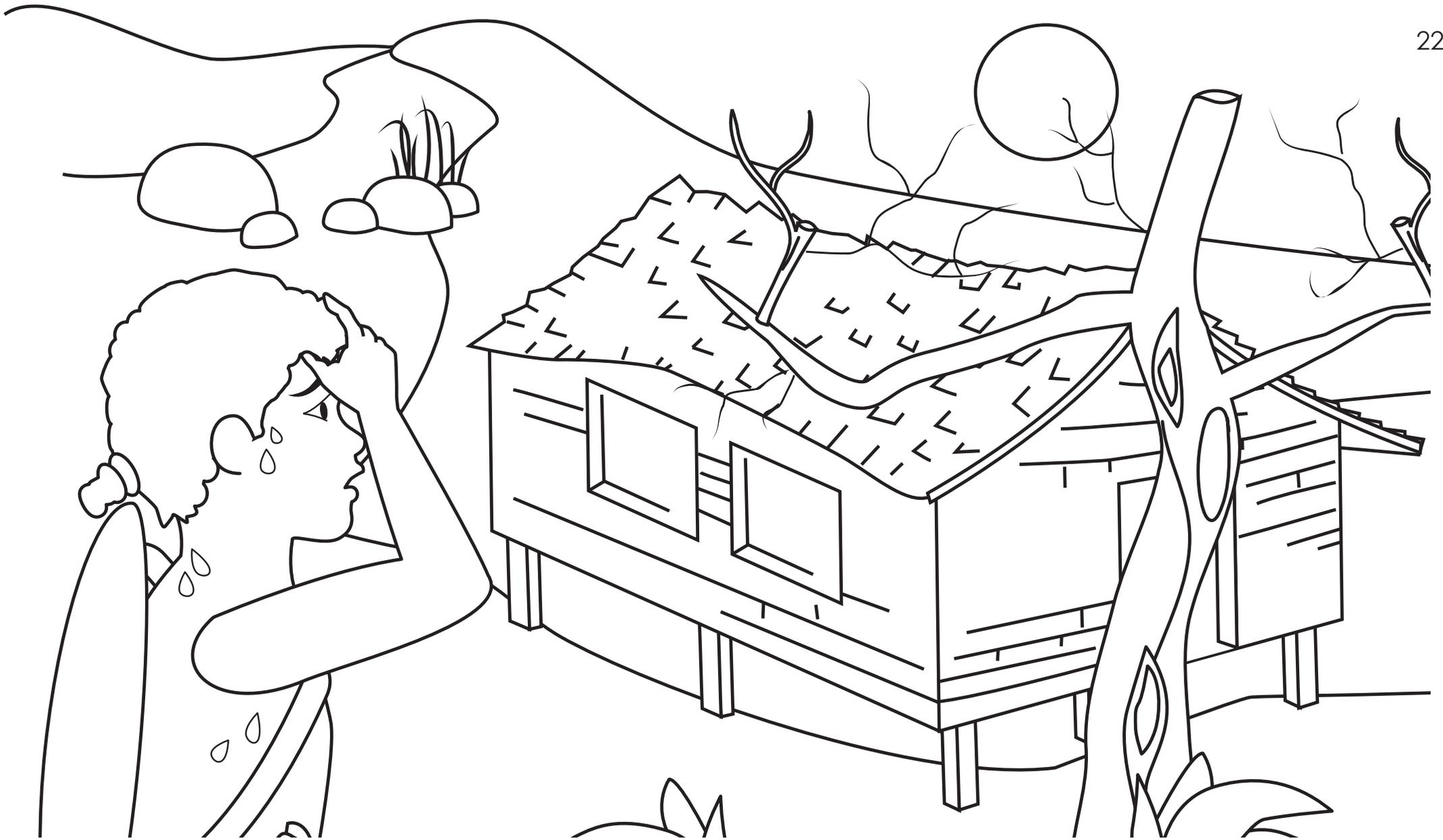
En una mañana cálida de vientos suaves, Doña Fidelina bajó del cerro con sus hierbas. Se paró en la mitad del camino y abrió su manto azul para contar las historias de la tierra. Las niñas y los niños se sentaron alrededor para escucharla.

Fidelina contó que mientras dormía sobre una cama de hojas de nogal, la pacha mama, la tierra, le había hablado. Le dijo que la

noche del eclipse, cuando la luna se hizo amarilla, los guardianes de la tierra se despertaron de un sueño profundo. Alzaron sus manos, estiraron sus piernas y se desperezaron. Habían escuchado un grito de dolor tan agudo que no podrían volverse a dormir hasta descubrir qué pasaba en el planeta.



Estuvieron toda la noche despiertos, percibiendo que algo estaba diferente en el ambiente, pues hacía un frío espantoso que carcomía cada parte de su cuerpo.



Al día siguiente, hacía mucho calor, como nunca habían sentido. El clima está cambiando, pensaron.

El brillo del sol quemaba la piel y les impedía ver con claridad. Cuando por fin lograron divisar el paisaje, vieron que ya no había bosques, los árboles estaban cortados al nivel del tronco y todo se

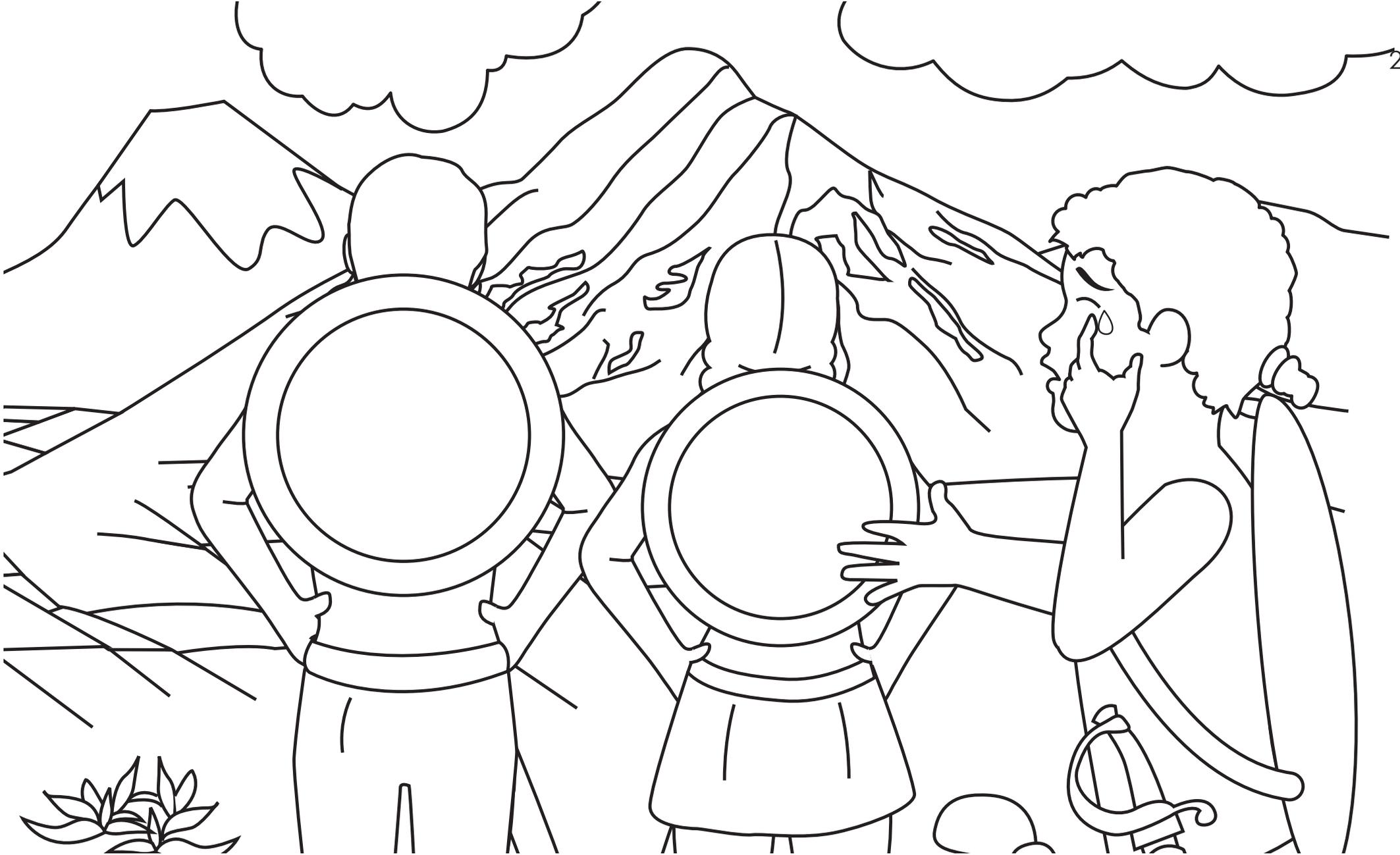
veía seco, seco. Corrieron desesperadamente a buscar las flores y las plantas, pero no encontraron nada.

La tierra se había partido y estaba dura, dura. Estaba convirtiéndose en un desierto. El pueblo que siempre había estado allí estaba vacío...todas las personas se habían ido y las casas estaban abandonadas. Todo lucía triste.



Con un soplo fueron hacia el mar, y estaba cubierto de basura y de aceites mal olientes. Tuvieron que taparse sus narices y aguantarse las lágrimas. No había peces de colores y las algas marinas habían desaparecido. El mar ya no lucía azul y esplendoroso, sino que estaba gris y vacío.

Los pocos peces y delfines que encontraron, les dijeron que hacía tiempo que están sufriendo... porque la contaminación está terminando con todo lo vivo. Que ya no encontraban qué comer y que ya no podían nadar como antes, pues las aguas están tan oscuras y sucias que no pueden ver ni mover sus aletas con rapidez.



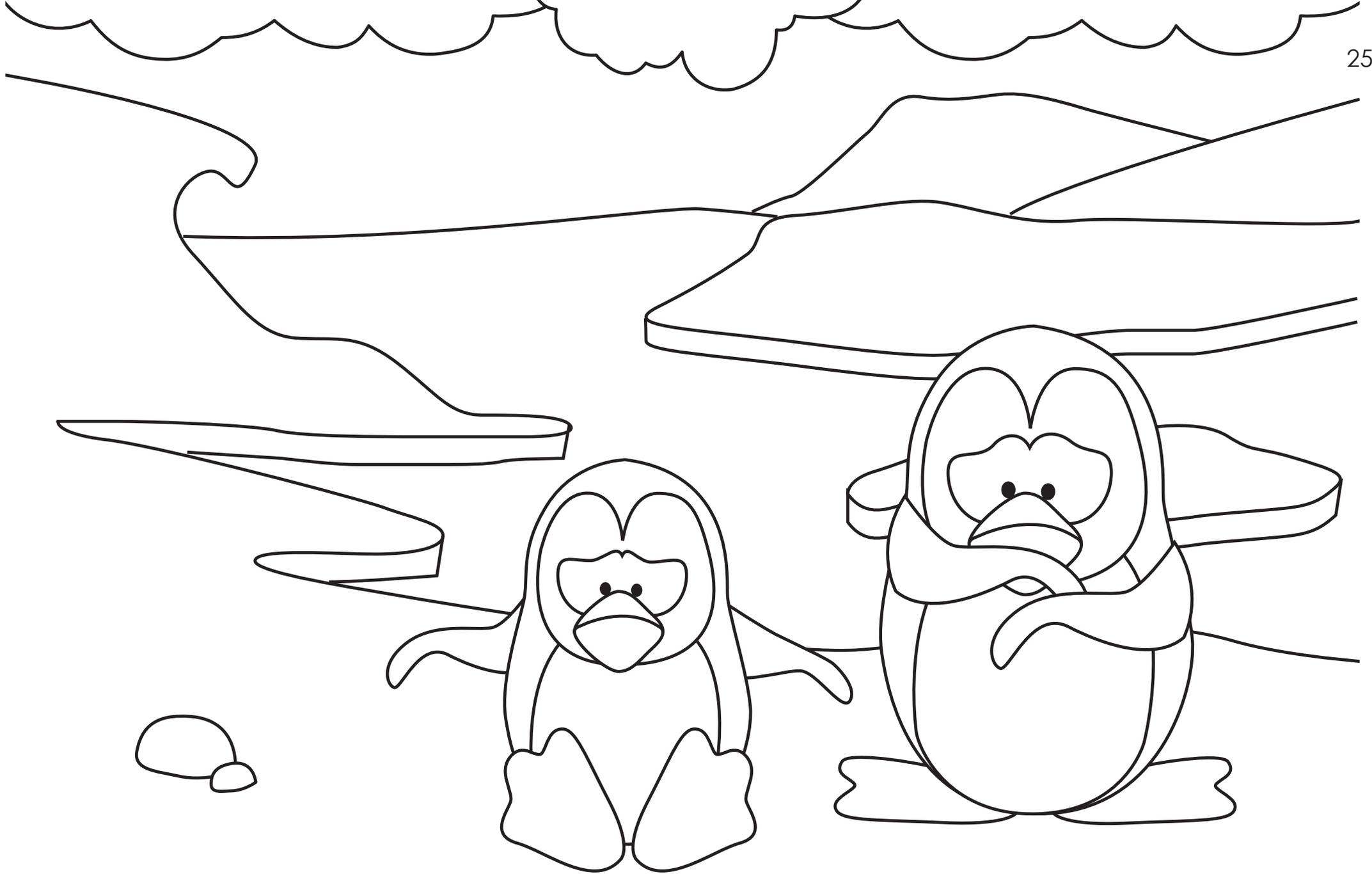
Luego, con otro soplido llegaron hasta la cima de unas montañas gigantes. Al verlos, el corazón de los guardianes se rompió de un chasquido. Se levantaron en llanto y preguntaron:

- ¿Qué ha sucedido con su nieve?...¿y con sus glaciares?
- Es el calentamiento global, dijeron los nevados...estamos derri-

tiéndonos.

- ¿Qué es eso?, exclamó una guardiana.

- La basura, el smog de las fábricas y de los automóviles, la tala de árboles... ha hecho que la tierra se caliente y suba de temperatura, explicó uno de los nevados.



- También en el polo norte y en el polo sur el hielo se está haciendo agua...y los pingüinos están muriendo.
- Sí... es la contaminación que producen los humanos lo que está afectando a nuestra Tierra, dijo otra montaña.



Sin ganas de reír, los guardianes fueron bajando por las montañas...pensando qué hacer y a quién pedir ayuda...

En el camino, tropezaron con unas niñas y niños que estaban reunidos bajo el último árbol que había en ese valle. Se escondieron tras unas piedras y escucharon:



- Esto no puede continuar, la basura ha hecho que el río se seque y ahora no podemos comer pescado porque ya no queda ninguno.
- Yo tengo miedo de las inundaciones porque ese nevado está chorreando mucha agua.

- En mi jardín ya no puedo cultivar ni zanahorias, ni maíz, ni papas...la tierra está como muerta.
- Nosotras ya no podemos subirnos a los árboles, porque han talado todos para vender la madera.
- Yo extraño los sapitos que cantaban todas las noches...
- Tenemos que hacer algo, dijo una niña.



En ese momento, el corazón de los guardianes se recuperó y con un solo paso se acercaron al grupo de niños. Somos los guardianes de la tierra y estamos aquí para cuidarla. Necesitamos su ayuda, dijo una guardiana.

De pronto, alzaron sus espadas amarillas y llamaron a las fuerzas del universo:

- Que el amor cubra los corazones de todas las personas.
- Que la voluntad otorgue decisión para cuidar el planeta.
- Y que todos trabajemos juntos para sembrar en la tierra.



Las niñas y los niños hablaron con los adultos y los convencieron de que para ser felices tenían que cuidar la naturaleza. Todos acompañaron a los guardianes.

Recogieron la basura, limpiaron el humo, sembraron árboles, desempolvamos el río, sacaron los aceites del mar... pero todavía faltaba mucho por hacer...la tierra seguía caliente.



Cada día, todos trabajaban juntos, las mamás, los papás, los abuelitos y las tías. Las niñas y los niños siempre repetían: ¡La tierra es nuestra casa, tenemos que cuidarla!



Después de varios años de trabajar incansablemente, los guardianes dejaron de oír el grito de dolor de la tierra que los había despertado y regresaron a dormir otros cien años.

Estaban tranquilos porque veían que los valles volvieron a ser verdes, que el mar recuperó su azul y que los nevados estaban blancos y hermosos. Durmieron porque las niñas y los niños amaban su tierra.



Doña Fidelina terminó su historia, recogió su manto azul y siguió caminando por las montañas esparciendo unos polvos verdes que pintaron la tierra.

La luna llegó y este cuento se acabó.



 *Secretaría Nacional de*
Gestión de Riesgos

 **UKaid**
from the Department for
International Development

 **Plan**
Por la niñez